

ANTOLOGÍA

Una buena parte de la infancia permanece oculta a la memoria, y lo que ésta retiene, generalmente se desprecia. Sin embargo, las iniciales experiencias marcan definitivamente al hombre posterior. Los escritores, conscientes de la importancia de los primeros recuerdos, vuelven con frecuencia sobre ellos. Unas veces para explicarse a sí mismos, y otras, para utilizarlos como valioso material literario. En estas páginas hemos recogido algunos testimonios significativos. El texto de *Jules Vallès* es un alegato: su infancia estuvo marcada por la palma de la mano materna y el sentimiento de culpabilidad respecto al padre. *Unamuno* se encontró pronto con un maestro duro, cuya vara apenas dejaban desmayar las madres de los alumnos. *Bertrand Russell* fue feliz de pequeño, pero las constantes prohibiciones le llevaron definitivamente a una actitud de disimulo: «Aún siento el impulso de ocultar lo que estoy leyendo cuando alguien entra en la habitación». También *Sartre* fue dichoso junto al abuelo, imbuido por la idea del progreso y la no menos radical del orden. *Thomas Mann* recuerda el aborrecimiento que sentía por la escuela, y *Franz Kafka* arroja a la cuenta de sus mayores la pesadumbre de una educación perjudicial.

VALLES

A TODOS LOS QUE se murieron de aburrimiento en el colegio, o a los que su familia hizo llorar, que durante su infancia fueron tiranizados por sus maestros, o apaleados por sus padres, dedico este libro.

Jules Vallès

¿Fui criado por mi madre? ¿Fue una campesina quien me dio su leche? No lo sé. Sea cual fuere el seno que mordí, no recuerdo, de los tiempos de mi niñez, ni una sola caricia. Nadie me arrulló, nadie me acarició ni me besuqué. Me han azotado mucho.

Mi madre dice que no hay que mimar a los niños. Me azota todas las mañanas; cuando no tiene tiempo por la mañana, lo hace al mediodía, rara vez después de las cuatro.

Mademoiselle Balandreau me cura con sebo.

Mademoiselle Balandreau es una solterona de cincuenta años. Es muy buena. Vive debajo de nosotros. Al principio se alegraba: como no tiene reloj, así se enteraba de la hora: «¡Plin, plan! ¡Pon! ¡Pon! Ya están azotando al pequeñajo. Es la hora de hacer mi café con leche».

Pero un día en que me había

levantado el faldón porque me escocía mucho, y en que tomaba el aire entre dos puertas, me vio y mi trasero la llenó de compasión.

Al principio quería enseñárselo a todo el mundo, congregando a los vecinos alrededor, pero pensó que no era el modo de salvarlo y se inventó otra cosa.

Cuando oye que mi madre me dice:

—¡Jacques, voy a azotarte!

—Madame Vingtras, no se moleste usted. Déjeme que lo haga yo en su lugar.

—¡Gracias, señorita!; ¡es usted muy buena!

Mademoiselle Balandreau me lleva a su casa, pero en lugar de azotarme da unas palmadas y yo grito. Por la tarde, mi madre da las gracias a su sustituta.

—Estoy a su disposición —contesta la buena mujer, deslizándome un caramelo a escondidas.

Así, pues, mi primer recuerdo fue una azotaina. El segundo está lleno de asombro y de lágrimas.

Al amor de una lumbre de fajina, bajo la campana de una vieja chimenea, mi madre hace punto en un rincón.

Una prima mía, que sirve en esta pobre casa, ordena sobre estantes carcomidos algunos platos de loza corriente, con gallos de cresta roja y cola azulada.

Mi padre tiene un cuchillo en la mano y talla un pedazo de madera de pino; caen las virutas amarillas y sedosas como hebras de una cinta. Me está haciendo un carrito con pedazos de made-

ra verde. Ya están talladas las ruedas. Son rajadas de patata, con sus redondeles de piel oscura que imita el hierro... Ya está casi terminado el carro. Espero emocionado, con los ojos muy abiertos. De repente, mi padre lanza un grito y levanta su mano cubierta de sangre. Se ha clavado el cuchillo en el dedo. Muy pálido, me acerco a él. Me detiene un golpe brutal. Me lo ha dado mi madre, con espuma en los labios y los puños crispados.

—¡Tú tienes la culpa de que tu padre se haya hecho daño!

Y me echa a la escalera negra, golpeándome otra vez la frente contra la puerta.

Yo grito, pido clemencia y llamo a mi padre. Veo, con mi terror de niño, su mano que cuelga toda destrozada, y ¡he tenido yo la culpa! ¿Por qué no me dejan entrar para saber lo que pasa? ¿Que me peguen después si quieren! Grito; no me responden. Oigo que menean jarras, que abren un cajón. Están poniendo compresas.

—No ha sido nada —viene a decirme mi prima doblando una tira de tela blanca manchada de rojo.

Sollozo, me ahogo; mi madre vuelve a aparecer y me empuja en el cuarto donde duermo y donde paso miedo todas las noches.

Tendría unos cinco años y me creía un parricida.

Y, sin embargo, yo no he tenido la culpa.

¿Acaso he obligado a mi padre

a hacerme este carro? ¿No hubiera preferido sangrar yo y que él no se hiciese daño?

¡Sí!, y me arañó las manos para hacerme daño yo también.

¡Es que mamá quiere tanto a mi padre! Por eso se ha puesto furiosa.

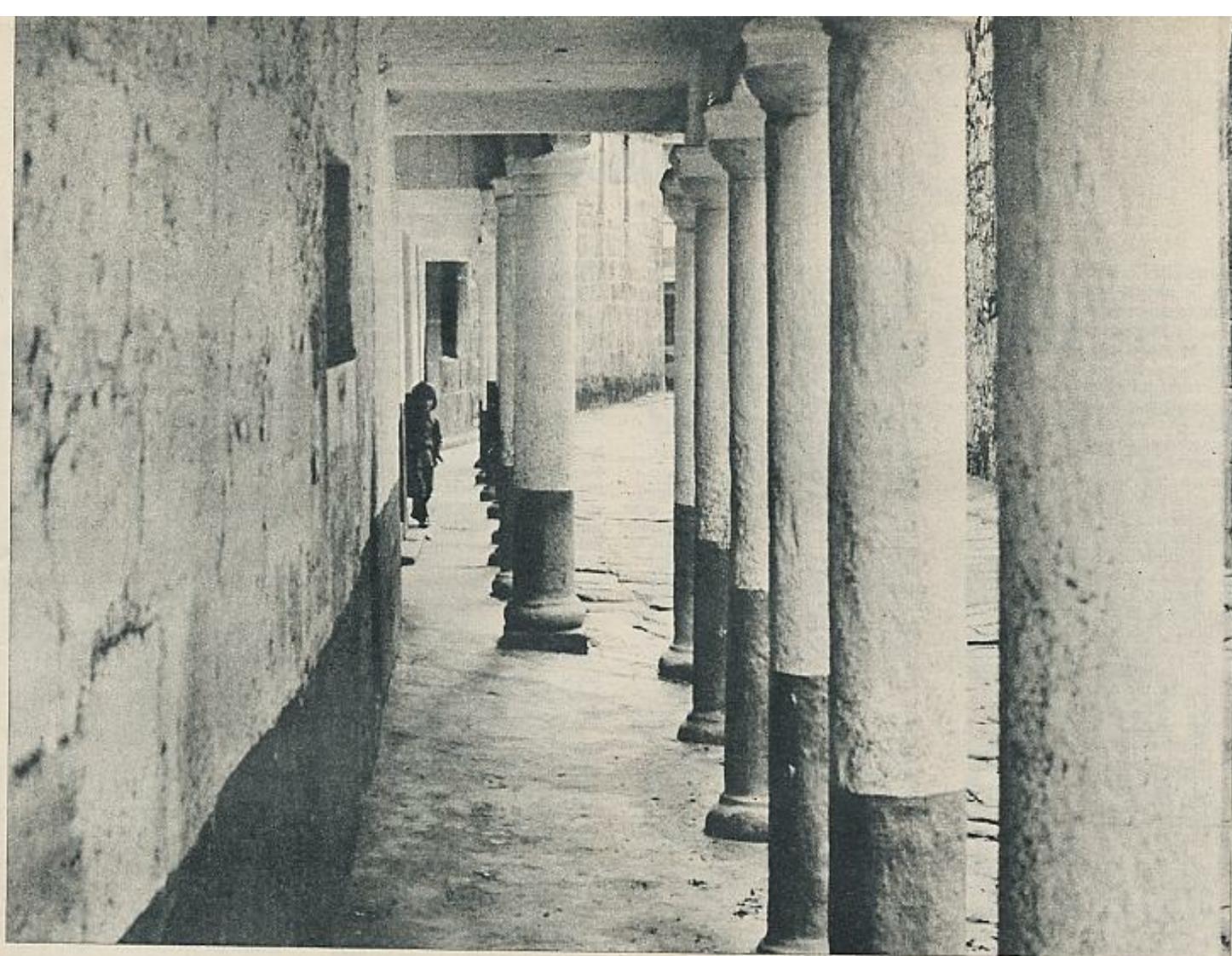
Me enseñan a leer en un libro en que está escrito con grandes letras que hay que obedecer al padre y a la madre; mi madre ha hecho bien en pegarme.

(Jules Vallès, «El niño». Allianza Editorial.)

UNAMUNO

El colegio a que me llevaron no bien había dejado las sayas era uno de los más famosos de la villa. Era colegio y no escuela —no vale confundirlos—, porque las escuelas eran las de balde, las de la villa, por ejemplo, a donde concurrían los chicos de la calle, los que se escapaban a nadar en los Caños, los que nos motejaban de farolines y llamaban padre y madre a los suyos, y no como nosotros papá y mamá.

Fue mi primer maestro, mi maestro de primeras letras, un viejecillo que olía a incienso y alcanfor, cubierto con gorrilla de borla que le colgaba a un lado de la cabeza, narigudo, con largo levitón de grandes bolsillos —el tamaño de los bolsillos de autoridad—, algodón



en los oídos y armado de una larga caña que le valió el sobrenombre de **el Pavero**. Los pavos éramos nosotros, naturalmente; ¡y tan pavos!...

Repartía cañazos, en sus momentos de justicia, que era una bendición. En un rincón de un cuarto oscuro, donde no les diera la luz, tenía la gran colección de cañas, bien secas, curadas y mondas. Cuando se atufaba, cerraba los ojos para ser más justiciero, y cañazo por acá, cañazo por allá, al frente, a diestro y a siniestro, al que le cogía, y luego la paz con todos. Y era ello una verdadera fiesta, porque entonces nos apresurábamos todos a refugiarnos del cañazo metiéndonos debajo de los bancos.

Esto era para el juicio general o colectivo; mas para el juicio individual, para las grandes faltas y para los grandullones, tenía guardado un junquillo de Indias no hueco como la caña, sino bien macizo y que se cimbreaba de lo lindo cuando sacudía el polvo a un delincuente.

¡Qué cosa más augusta era un castigo público! Nunca me olvidaré del que sufrió Ene.

Ello fue que una mañana llegó acongojada su madre diciéndole al maestro que el chico era de la mismísima piel del diablo, incorregible, completamente incorregible; que todo se le volvía hacer rabetas, tomar corajinas y pegar a la criada; que ella, su madre, estaba harta de mandarle a la cama sin cenar; que no cedía ni por ésas, y, final-

mente, que la noche anterior le había tirado a ella, a su madre, un plato. Y aunque de esto otro que voy a decir no me acuerdo, supongo que añadiría que con el padre no había que contar, pues con eso de tener que ir a su oficina se sacudía del cuidado de corregir al chico, y luego era un padrazo y lo encontraba todo bien y más de una vez había dado la razón al muchacho. Esto no lo recuerdo, repito, sino que lo añado; pero a todo historiador debe serle permitido colmar las lagunas de la tradición histórica con suposiciones legítimas, fundadas en las leyes de la verosimilitud.

Y la madre acabaría con unas palabras por el estilo a éstas: «Yo no sé, no sé a dónde va a ir a parar, pero de seguro no a buen sitio...; este chico, si no se corrige, acabará en presidio». Esto dicho delante del chico y para que éste lo oyera. Y el chico en tanto mirando al suelo y con las manos en los bolsillos para tenerlas más calientes y más seguras.

El maestro se encargó del escarmiento.

Me acuerdo de esto como si fuese de cosa de ayer mañana. Se dio fin a las tareas un poco antes, se rezó el rosario a carga cerrada, porque todos barruntábamos desusada solemnidad, y muy pronto nos hallamos en la clase de los chiquitos y sentados en largos bancos. El maestro se sentó bajo las bolas ensartadas en varillas de alambre que sirven para aprender a contar. No se oía una mosca.

Cuando llamó el maestro al delincuente teníamos todos el alma colgando de un hilo. Ene se adelantó hoscó, pero sin derramar una lágrima, atravesando el flecheo de las miradas todas. El maestro nos le mostró y pronunció más que dijo unas palabras que nos llegaron al corazón, porque en estos momentos solemnes en la vida de los hombres y de los pueblos las palabras se pronuncian, no se dicen. Ahí era nada, ¡faltar así a su madre!, ¡y a su propia madre tirarle un plato! Algunos lloraban con un nudo a la garganta; a otros el nudo les impedía llorar. En seguida le hizo inclinarse y reclinar la cabeza en su regazo, el del maestro; mandó traer una alpargata y nos ordenó que uno por uno fuéramos desfilando y dándole un alpargatazo en el trasero. Y fuimos desfilando los verdugos y cumpliendo el mandato. Algunos, ¡oh ligereza!, se reían, pero los más, graves como reclutas que se ven obligados a fusilar a un compañero. Era, al fin, un semejante, y todos sentíamos que, aunque se debe odiar el pecado, el pecador no merece sino compasión. Hubo amigo del condenado que, pretextando una necesidad urgente e ineludible, huyó a refugiarse, como en un asilo, en el excusado, por no llenar la cruel consigna, y hubo también un tal Ene que le dio el alpargatazo con toda su alma y cerrando bien la boca al dárselo. Y esto nos indignó, porque era una venganza, una cochina venganza, y es infame convertir en venganza el castigo. El

suplicado se diría, de seguro, viéndole por entre las piernas: ¡ya caerás! Y así fue, que bien lo pagó más tarde, pues no hay plazo que no llegue ni deuda que no se cumpla. Cuando el castigado levantó la cara, colorada de haber estado donde estuvo, exclamó el maestro compungido: «¿Veis? ¡Ni una lágrima!, ¡ni una señal de pesar!; este chico es de estuco». Y Ene se fue como había venido, con los ojos secos.

Decididamente, los castigos ejemplares son los que menos sirven de ejemplo por lo que tienen de teatro.

(M. de Unamuno, «Recuerdos de niñez y de mocedad». Espasa-Calpe, Austral.)

KAFKA

Domingo, 19 de julio de 1910: dormir, despertar, dormir, despertar, una vida miserable.

Cuando reflexiono, debo confesar que mi educación me ha dañado en muchos sentidos. Sin embargo, no me crié en un lugar apartado, en una ruina, digamos, en medio de las montañas; alguna circunstancia que no pudiera justificar una sola palabra de reproche. Aun corriendo el riesgo de que ni uno solo de mis antiguos maestros me comprenda, diré que lo que más habría preferido es justamente haber sido ese pequeño habitante de las ruinas, tostado por el sol que a tra-

ANTOLOGIA

vés de ellas brillaba para mí, sobre la hiedra tibia, aunque debilitado al principio por el peso de mis buenas cualidades, que crecían en mí con el vigor de la maleza.

Cuando reflexiono, debo confesar que mi educación me ha dañado en muchos sentidos. Este reproche alcanza a una cantidad de personas, es decir, a mis padres, a algunos parientes, a algunas personas que visitaban regularmente nuestra casa, a diversos escritores, a cierta cocinera que durante un año me acompañó a la escuela, a una multitud de maestros (me veo obligado a agruparlos estrechamente en el recuerdo, porque si no siempre se me caería alguno, pero como los he comprimido tanto, la masa entera se me desmorona poco a poco), a un inspector escolar, a lentos peatones que pasaban a mi lado; en fin, este reproche se insinúa a través de toda la sociedad como un puñal, y nadie, lo repito, nadie puede, por desgracia, estar seguro de que la punta de ese puñal no se le aparecerá de pronto por delante, por detrás o por el flanco. No quiero oír ninguna contradicción a este reproche, porque ya he oído demasiadas, y como en general he sido refutado por la mayor parte de los que me contradecían, incluso esas contradicciones en mi reproche y declaro ahora que mi educación y esas refutaciones me han dañado en muchos sentidos.

A menudo reflexiono, y siempre debo reconocer que mi educación me ha perjudicado bastante en muchos sentidos. Este reproche se dirige a una cantidad de personas; en efecto, las veo a todas juntas, y como en esas viejas fotografías en grupo, no saben qué hacer, no se les ocurre siquiera bajar la mirada, y están con tanta expectativa que ni se atreven a reírse. Son mis padres, algunos parientes, algunos profesores, cierta cocinera, algunas muchachas de la escuela de bailes, algunas personas que solían visitar nuestra casa durante mi infancia, algunos escritores; un maestro de natación, un boleterero, un inspector escolar, ciertas personas que sólo encontré una vez en la calle y otros que francamente no puedo recordar, y esos que no recordaré nunca más en mi vida, y finalmente aquellos cuya instrucción me pasó totalmente inadvertida en ese momento, porque me encontraba un poco distraído; en fin, son tantos, que me cuesta trabajo no nombrar dos veces al mismo. Y hacia todos ellos dirijo mi reproche, los presento entre sí de esta manera, pero no tolero ninguna contradicción. Porque, para decir verdad, he soporado ya bastantes contradicciones, y como en su mayoría me han refutado, no puedo hacer otra cosa que incluir también esas impugnaciones en mi reproche, y decir que aparte de mi educación

también esas impugnaciones me han sido perjudiciales en muchos sentidos.

Tal vez podría suponerse que me crié en algún lugar apartado. No; me crié en el centro de la ciudad, en pleno centro. No me crié, por ejemplo, en una ruina en medio de las montañas o al borde de un lago. Hasta aquí, mi reproche había cubierto y ensombrecido a mis padres y a sus acompañantes, pero ahora lo hacen a un lado con facilidad y se rien porque alejo de ellos mis manos y las llevo a mi frente y pienso: Habría preferido ser ese pequeño habitante de las ruinas que escucha el graznido de los grajos, mientras sus sombras revolotean sobre él; ese niño que se refresca a la luz de la Luna, aun cuando al principio me hubiera sentido un poco débil bajo el peso de mis buenas cualidades, que crecían en mí con el vigor de la maleza, quemado por el sol que a través de las ruinas inundaba en toda dirección mi lecho de hiedras.

(F. Kafka, «Diarios», 1910-1923. Emecé.)

T. MANN

Yo nací en Lübeck el año 1875. Fui el segundo hijo del matrimonio formado por Johann Heinrich Mann, mercader y senador de la Ciudad Libre, y de su esposa, Julia da Silva-Bruhns. Así como mi padre era nieto y bisnieto de ciudadanos de Lübeck, mi madre, en cambio, había venido al mundo en Río de Janeiro; era hija de un alemán propietario de plantaciones y de una brasileña criollo-portuguesa, y fue trasladada a Alemania cuando tenía siete años. Mi madre posela un tipo netamente latino; había sido, en su juventud, una belleza muy admirada y tenía una gran sensibilidad para la música. Si me pregunto de dónde proceden, hereditariamente, mis aptitudes, tengo que recordar el famoso verso de Goethe y decir que de mi padre me viene «la seriedad en la conducta», y de mi madre, en cambio, «la naturaleza jovial», es decir, la inclinación hacia el arte y lo sensible, y el «gusto de fantasear», en el más amplio sentido de la palabra.

Fue la mía una infancia mimada y feliz. Los cinco hermanos, tres muchachos y dos chicas, vivíamos en una elegante casa de la ciudad que mi padre había edificado para sí y para su familia; disfrutábamos además de un segundo hogar en la antigua casa de la familia, situada junto a la iglesia de Santa María; en ella residía únicamente mi abuela paterna, y hoy es objeto de la curiosidad de los visitantes, conociéndose como «la casa de los Buddenbrook». Los períodos más felices de mi infancia eran, sin

embargo, las semanas de vacaciones que pasábamos todos los años, durante el verano, en Travemünde. Por la mañana nos bañábamos en la playa de la ensenada que allí forma el Báltico, y las tardes las pasábamos a los pies del templete de música situado delante del hotel, por el cual sentíamos un amor casi tan apasionado como por los baños. El ambiente idílico, refinado, cobijador y apacible de esta estancia allí, con sus comidas de varios platos en la *table-d'hôte*, me satisfacía de un modo indescribible, favoreciendo mi inclinación —sólo mucho más tarde medianamente corregida— por la pereza soñadora. Y cuando aquellas cuatro semanas, que al principio parecían interminables, se acababan y teníamos que volver a casa y reanudar la vida ordinaria, un suave dolor de compasión para conmigo mismo me desgarraba el corazón.

Por la escuela sentía aborrecimiento, y nunca me sometí a sus exigencias. La despreciaba como ambiente, criticaba los modales de sus directivos y pronto me encontré en una especie de oposición literaria a su espíritu, a su disciplina y a sus métodos de enseñanza. Mi indolencia, acaso necesaria para mi particular desarrollo; mi necesidad de disponer de mucho tiempo libre para estar ocioso y leer con tranquilidad; una verdadera pereza de mi espíritu, que todavía hoy padezco, me hicieron odiar la sujeción escolar, llevándome a hacer tercamente caso omiso de ella. Es posible que la rama humanística hubiese estado más acorde con mis necesidades espirituales. Pero como se me destinaba a comerciante —e incluso, originariamente, a heredero de la empresa—, asistía a los cursos no humanísticos del «Katharineum». Sin embargo, permanecí allí sólo hasta conseguir el diploma que me autorizaba a hacer un único año de servicio militar como voluntario, es decir, hasta el momento de pasar al quinto curso. Durante casi todo el tiempo que duró este período estacionario y desagradable de mi vida, una gran amistad me unió con el hijo de un librero, declarado en quiebra y ya fallecido, amistad que se fortalecía con los sarcasmos y las burlas absurdas, de un humor negro, que lanzábamos contra el «todo» y, en especial, contra «el establecimiento» y sus funcionarios.

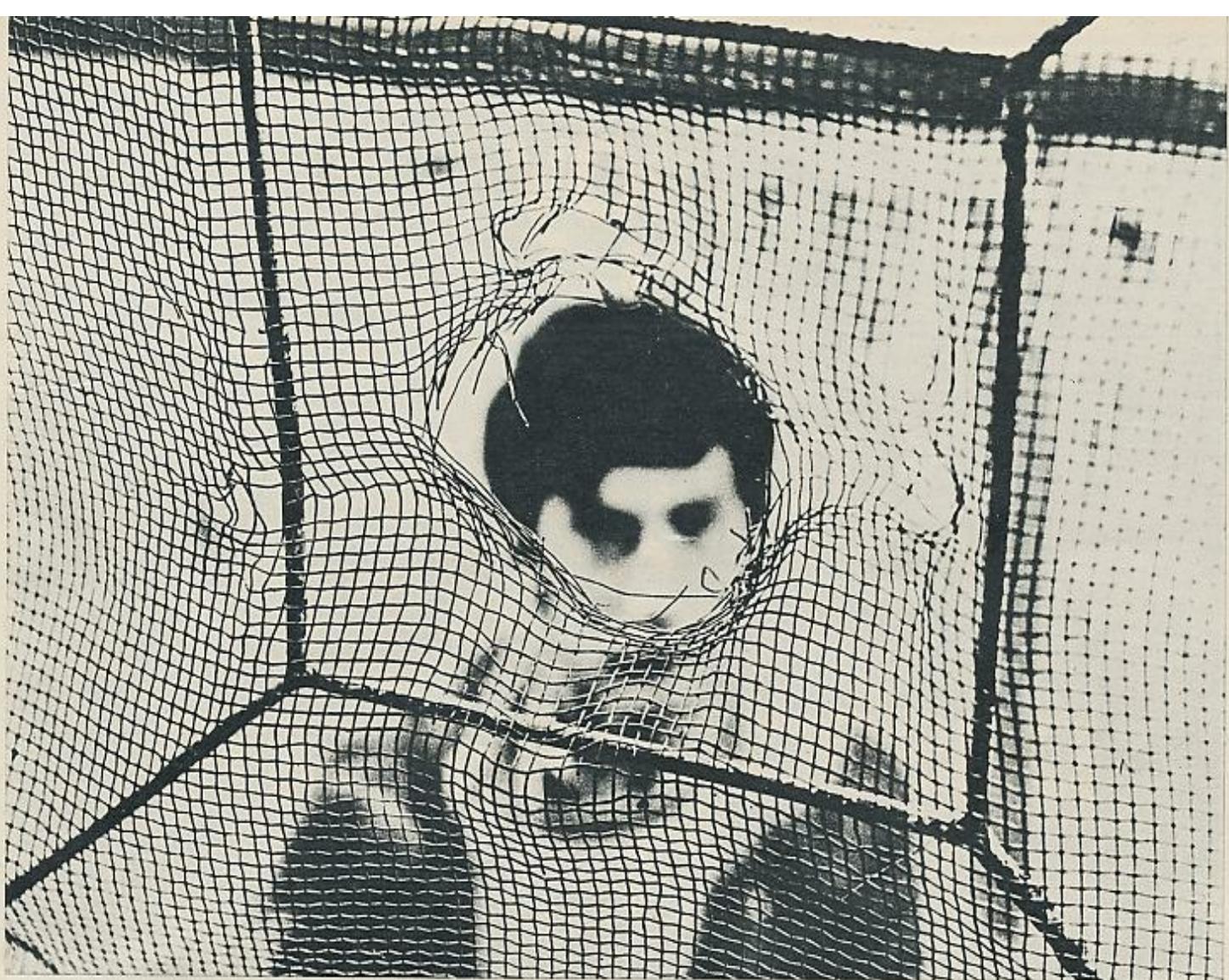
(Thomas Mann, «Relato de mi vida». Alianza Editorial.)

SARTRE

No paro de crearme; soy elador y la donación. Si viviese mi padre, conocería mis derechos y mis deberes; murió y los ignoro; no tengo derecho porque me colma el amor, no tengo deber porque me doy por amor. Un

solo mandato: gustar; todo para la muestra. Qué despilfarro de generosidad había en nuestra familia: mi abuela me hace vivir y yo constituyo su felicidad; mi madre se sacrifica por todos. Cuando pienso en todo eso, ahora sólo ese sacrificio me parece verdadero; pero teníamos la tendencia a no hablar de ello. No importa, nuestra vida no es más que una serie de ceremonias y consumimos el tiempo abrumándonos con homenajes. Yo respeto a los adultos a condición de que me idolatren; soy franco, abierto, dulce como una niña. Pienso bien, confío en la gente; todo el mundo es bueno porque todo el mundo está contento. Para mí la sociedad es una rigurosa jerarquía de méritos y de poderes. Los que ocupan la cima de la escala dan todo lo que poseen a los que están debajo de ellos. No me preocupa, sin embargo, situarme en el escalón más alto; no olvido que se reserva a la gente severa y bienintencionada que hace que el orden reine. Estoy en un escalón lateral, no lejos de ella, y mi radiación se ejerce de arriba abajo de la escala. En una palabra, pongo el mayor cuidado en apartarme del poder secular: ni arriba, ni abajo, fuera. Como nieto de clérigo, soy, desde mi infancia, clérigo; tengo la unción de los príncipes de la Iglesia, una alegría sacerdotal. Trato a los inferiores como iguales; es una piadosa manera de mentir para hacerles más felices; conviene que hasta cierto punto les engañe. Hablo con una voz paciente y moderada a mi niñera, al cartero, a mi perra. En este mundo en orden hay pobres. También hay corderos con cinco patas, hermanas siamesas, accidentes de ferrocarril; nadie tiene la culpa de esas anomalías. Los buenos pobres no saben que su oficio consiste en ejercitar nuestra generosidad, son pobres vergonzosos que van pegados a las paredes; yo voy corriendo, les pongo en la mano una moneda de diez céntimos y, sobre todo, les concedo la gracia de una hermosa sonrisa igualitaria. Encuentro que parecen bobos y no me gusta tocarles, pero me esfuerzo; es una prueba; y además tienen que querermé: este amor embellecerá su vida. Ya sé que les falta lo más necesario, y me gusta ser para ellos lo superfluo. Por lo demás, por grande que sea su miseria, nunca sufrirán tanto como mi abuelo: cuando era pequeño, se levantaba antes del alba y se vestía en la oscuridad de la noche; en invierno, para lavarse, tenía que romper el hielo de la jarra. Afortunadamente, las cosas se han arreglado desde entonces; mi abuelo cree en el progreso y yo también: el progreso, ese largo camino arduo que lleva hasta mí...

Empecé mi vida como, sin duda, la acabaré: en medio de los



libros. En el despacho de mi abuelo había libros por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez por año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menhires; sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya permanencia me garantizaba un porvenir tan tranquilo como el pasado. Yo las tocaba a escondidas para honrar a mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellas y asistía cada día a unas ceremonias cuyo sentido se me escapaba. Mi abuelo, tan torpe de costumbre que mi abuela le abrochaba los guantes, manejaba esos objetos culturales con una destreza de oficinista. Le he visto mil veces levantarse con un aire ausente, dar la vuelta a la mesa, cruzar la habitación de dos zancadas, tomar un volumen sin dudar ni lo más mínimo, sin tener el tiempo de elegir, hojearlo mientras volvía a su sillón, con un movimiento combinado del pulgar y del índice, y luego, apenas sentado, abrirlo de golpe por «la página buena», haciéndolo

crujir como un zapato. A veces me acercaba para observar esas cajas que se hendían como ostras y descubría la desnudez de sus órganos interiores, unas hojas descoloridas y enmohecidas, ligeramente infladas, cubiertas de venillas negras que bebían tinta y oían a seta.

(J.P. Sartre, «Las palabras». Losada.)

RUSSELL

Mi infancia, en general, fue dichosa y ordenada, y sentía cariño por la mayoría de las personas mayores con quienes tuve roce. Recuerdo un cambio muy concreto cuando llegué a lo que en la moderna psicología infantil se llama el «período latente». En ese periodo empecé a disfrutar utilizando una jerga vulgar, simulando carecer de sentimientos y mostrándome «varonil» en general. Empecé a despreciar a mis gentes, principalmente a causa de su extremado horror por la jerga vulgar y su absurda idea de que trepar a los árboles era peligroso. Tantas cosas se me prohibieron, que adquirí el hábito del disimulo, en el cual persistí hasta la edad de veintitún años. Empezó a ser en mí una segunda naturaleza el pensar que, hiciera lo que hiciera, era preferible que lo guardase para mí

mismo, y nunca he vencido por completo el impulso a la ocultación que así se generó. Aún siento el impulso de ocultar lo que estoy leyendo cuando alguien entra en la habitación, y de retener la lengua generalmente y no decir el lugar donde haya podido estar y lo que haya podido hacer. Sólo en virtud de cierto esfuerzo de voluntad logro sobrepormerme a ese impulso, que se generó durante los años en que tuve que abrimme paso entre un cúmulo de necias prohibiciones.

Los años de adolescencia fueron para mí muy solitarios y muy infelices. Tanto en la vida de las emociones como en la del intelecto, estaba obligado a conservar un secreto impenetrable en relación con mi gente. Mi interés se dividía entre el sexo, la religión y las matemáticas. Encuentro desagradables los recuerdos de mi preocupación sexual en la adolescencia. No me gusta recordar mi estado de ánimo en aquellos años, pero me esforzaré por relatar las cosas como fueron y no como pudiera haber deseado que fuesen. Conocí por primera vez los hechos relacionados con el sexo cuando tenía doce años, a través de un muchacho llamado Ernest Logan, que había sido uno de mis compañeros en el jardín de la infancia años antes. Dormimos en la misma habitación una noche, y él explicó el carácter de la copulación y su papel en el engendramiento de los hijos, ilustrando sus observaciones con historias divertidas. Hallé extremadamente in-

terezante cuanto dijo, aunque no despertase todavía en mí una respuesta física. Parecióme a la sazón de toda evidencia que el amor libre era el único sistema racional, y que el matrimonio estaba vinculado a la superstición cristiana. (Estoy seguro de que esta reflexión sólo se me ocurrió poco después de haber conocido los hechos por primera vez.) Cuando tenía catorce años, mi preceptor me habló de que no tardaría en experimentar un importante cambio físico. Para entonces ya podía entender, más o menos, lo que quería decir. Por aquel entonces estaba conmigo otro muchacho, Jimmie Baillie, el mismo con quien me encontré en Vancouver en 1929, y ambos solíamos charlar de cosas, no sólo entre nosotros dos, sino también con el mensajero, muchacho de nuestra edad, aproximadamente, o quizá un año mayor, y que sabía bastante más que nosotros. Cuando se descubrió que habíamos pasado cierta tarde en dudosa conversación con él, se nos habló en tono de profunda aflicción, nos enviaron a la cama y nos pusieron a pan y agua. Pero, cosa extraña, este trato no destruyó mi interés por el sexo. Pasábamos mucho tiempo en esa clase de conversación que se considera indecorosa, y en procurar descubrir cosas de las cuales éramos ignorantes. Con este objeto, hallé extremadamente útil el diccionario médico.

(Bertrand Russell, «Autobiografía», 1872-1914. Aguilar.)